

La Guerra de los Cuatro Días: ejército liberal y Partido Conservador*

*Guerra de los Cuatro Días: Liberal soldiers
and the Conservative Party*

Pablo Ospina Peralta

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
pablo.ospina@uasb.edu.ec

Fecha de presentación: 16 de abril de 2015
Fecha de aceptación: 29 de agosto de 2015

Artículo de investigación

* Este trabajo forma parte de una investigación doctoral en curso sobre la construcción del Estado ecuatoriano en el siglo XX. Agradezco el inteligente trabajo de archivo de Manuela Sánchez y Lorena Rosero, asistentes de la investigación.

RESUMEN

El objetivo de este artículo es ofrecer una explicación de la aguda polarización que se vivió en la guerra de “los Cuatro Días” y que produjo casi mil muertos. Se apoya en la revisión de una fuente documental no trabajada hasta ahora por los especialistas: el juicio militar a los responsables del levantamiento.

Propone que, por debajo de los discursos públicos que servían para justificar el encarnizado enfrentamiento, la nacionalidad de Bonifaz y la defensa de la Constitución, una de las razones más poderosas fue el control liberal del ejército, amenazado por la infiltración filo-conservadora de la Compactación Obrera Nacional.

Palabras clave: ejército liberal, Partido Conservador, Guerra de los Cuatro Días, Compactación Obrera Nacional, historia ecuatoriana, siglo XX, historia política, historia de América Latina.

ABSTRACT

This article offers an explication of the acute polarization that was experienced in the Guerra de los Cuatro Días that claimed about one thousand deaths. The research is supported by the review of the unrevised documental sources: the military trial of those responsible for the uprising. The proposal is that behind the public discourse that justified the bitter confrontation, the nationality of Bonifaz and the defense of the constitution, one of the most powerful reasons was the liberal control of the soldiers, threatened by the infiltration of por-conservative of the Compactacion Obrera Nacional (National workers union).

Key words: Liberal Soldiers, Conservative Party, the four days battle, Compactacion Obrera Nacional (National workers union), Ecuadorian history, 20th Century, political history, Latin American history.

Pablo Ospina Peralta

Candidato doctoral en Humanidades por el Centro de Estudios y Documentación sobre América Latina (CEDLA) de la Universidad de Amsterdam.

Docente de la Universidad Andina Simón Bolívar y la Universidad Católica del Ecuador. Sus líneas de investigación se relacionan con los movimientos sociales, actores sociales y políticas ambientales, problemas agrarios y rurales, así como la construcción del Estado. Entre sus publicaciones están:

En las fisuras del poder. Movimiento indígena, cambio social y gobiernos locales, del cual fue coordinador (2006); y *Los Andes en movimiento. Identidad y poder en el nuevo paisaje político* (2009).

PREGUNTA

La historiografía ecuatoriana ha tenido dificultades para explicar las razones de la aguda polarización política y la tan poco frecuente efusión de violencia abierta que significó la guerra civil de fines de agosto de 1932. Si en algún momento el país vivió los bordes de una orgía de sangre desenfrenada y generalizada, fue en los momentos críticos de esta guerra civil, cuando se disparaba sobre todo lo que se movía en las calles de Quito antes de saber si era amigo o enemigo. Algo muy importante debió estar en juego en semejante efusión de entusiasmo. Y sin embargo, las contradicciones entre los hacendados Neptalí Bonifaz, que corría en las elecciones con apoyo conservador, y Modesto Larrea Jijón, que terciaba como candidato a presidente por los liberales, no parecían tan grandes como para justificar una matanza en regla.

Jorge Icaza, observador progresista que escribió una magnífica novela sobre el acontecimiento, ironiza en ella sobre la insignificancia de la distinción entre unos y otros. El primer caballero de la novela, don Luis Antonio Urrestas, envió camiones a sus haciendas y a los anejos y pueblos cercanos donde llegaron ante el comisario y hablaron con el cura. “Los forasteros que descendieron de los camiones hablaron de inmediato con el señor cura, con el teniente político, con el chagra amayorado y perdonavidas de cada sitio”.¹

El discurso del fraile ante el cholerío de Chaguarpata insistió en los valores de la patria y la Constitución y cómo había que dejar momentáneamente de lado los pequeños rencores y egoísmos pasados.

Con maquiavélica habilidad el fraile fue limando el rencor secreto, indudable y justo del cholerío hacia el latifundista. Puso en juego el arsenal de los más caros ideales patrióticos antes de lanzar el nombre de don Luis Antonio Urrestas, y terminó, de acuerdo a lo ordenado por la comisión llegada de Quito, lanzando vivas a la democracia, a la libertad, a la cultura cristiana y a la Patria. Gritos que coreó la muchedumbre enfervorizada [...]. Por curiosa coincidencia el mismo día, a las mismas horas, iguales acontecimientos se desarrollaron en el pueblo de Píntag y las aldeas de la región de Achupallas. Los camiones, los forasteros, la entrega humilde del teniente político, la diligente colaboración de los chagras amayorados y perdonavidas, la palabra infalible del sotanudo. El único detalle en desacuerdo, al parecer distinto, fue que el cura habló en la iglesia, desde el púlpito, después de la misa, con voz gangosa, con mímica angelical, y, en vez de

1. Jorge Icaza, *En las calles. La gran literatura ecuatoriana de los 30* (Quito: El Conejo, 1985 [1935]), 173.

referirse a don Luis Antonio Urrestas, nombró, defendió y ensalzó a don Pablo Solano del Castillo.²

Compitiendo con la ficción, lo que se vivió verdaderamente en las calles de Quito confirmaba que el discurso de defensa de la Constitución y la patria era el mismo en ambos bandos. Es conocida la anécdota de las tropas de los batallones Bolívar y Pichincha que se enfrentaban en la calle hasta que, por causa de los gritos enfervorizados de ambos bandos, descubrieron que ambos luchaban “por la Constitución”. Dejaron de disparar y confraternizaron hasta la noche. No duró mucho porque al día siguiente recomenzó la desconfianza y volvieron a la lucha.³ A pesar de su común reivindicación legalista, algo más profundo los dividía: entre las tropas de baja graduación, unos acusaban a los otros de “compactados” mientras los otros acusaban a los unos de “masones”.⁴

Ante la dificultad de encontrar grandes diferencias entre los ilustres conductores de los bandos en disputa o en la justificación moral de las tropas, Patricio López ha sugerido la explicación de la virulencia y el maniqueísmo de los discursos que excluyen al *otro* en la política y que se agudizaron en medio de la campaña de prensa que siguió a la polémica sobre la nacionalidad de Bonifaz.⁵ David Gómez ha aventurado que quizá había calado entre los oficiales, los clases⁶ y los pobladores pobres de Quito la consigna de la defensa de la legalidad y la Constitución.⁷ No me parecen argumentos convincentes. La misma polarización que conduce a los discursos excluyentes

2. *Ibíd.*, 174-175.

3. Luis Rueda E., *Heroísmo y Constitución: episodios históricos de la Batalla de los cuatro días* (Quito: Imprenta Fernández, 1939), 84-85.

4. “Compactados” por ser parte de la “Compactación Obrera Nacional” (CON). Ver más adelante. La repetida acusación de “masones” a los oficiales liberales por parte de los clases y soldados rebeldes puede encontrarse en la serie de artículos periodísticos publicados por los excombatientes del batallón Bolívar reproducidos en *Campaña* (1933). Véase, por ejemplo, M. J. Sosa y otros, “La batalla de los cuatro días. Los revolucionarios salen de Quito, sábado 27 de agosto de 1932”. *El Debate. Diario de la mañana*, 7 de julio de 1933. Un artículo del sargento Ricardo Yáñez y otros (“La batalla de Quito. Ha hablado la Bolívar”, *El Debate. Diario de la mañana*, 8 de julio de 1933) decía: “la masonería ha sido la causa de la guerra última [...] acabaremos con las trincas masónicas” (énfasis en el texto). Los católicos conservadores acusaban frecuentemente a los liberales de ser “masones”, es decir, de una secta anticatólica, y al límite anticristiana.

5. Patricio López Baquero, *Ecos de revuelta. Cambio social y violencia política en Quito (1931-1932)* (Quito: FLACSO Ecuador / Abya-Yala, 2011).

6. “Clases” es un término militar que designa los suboficiales, es decir, sargentos y cabos. Los clases no necesitaban pasar por estudios en la Escuela Militar.

7. David Gómez, “Hegemonía, capitalismo y democracia en el Ecuador: La Guerra de los Cuatro Días” (tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 2009).

debería explicarse. Si la idea de la defensa de la legalidad era tan arraigada como para matarse conscientemente por ella, ¿por qué dejó de ser importante en la vida política ecuatoriana de los siguientes ochenta años?

El objetivo de este artículo es ofrecer una explicación alternativa de la aguda polarización que se vivió en la Guerra de los Cuatro Días apoyándome en la revisión de una fuente documental no trabajada hasta ahora por los especialistas, el juicio militar a los responsables del levantamiento. Propongo que por debajo de los discursos públicos que servían para justificar el enfrentamiento (la nacionalidad de Bonifaz y la defensa de la Constitución), una de las razones más poderosas para tanto encarnizamiento estribaba en que *estaba en juego el control del ejército* (y de la policía).⁸ Por primera vez desde la Revolución Liberal (1895), una sublevación armada enfrentaba a oficiales liberales contra batallones del ejército controlados y agitados por una milicia filo-conservadora, la Compactación Obrera Nacional (en adelante CON). Todas las guerras civiles anteriores habían enfrentado a facciones liberales entre sí. Ahora, por primera vez, el alma del ejército liberal corría peligro. El encarnizamiento se explica, entonces, por la importancia del trofeo en juego.

En efecto, toda la estructura, la formación y la tradición del ejército ecuatoriano desde la Revolución Liberal (1895) implicó el cierre de sus puertas al Partido Conservador, mayoritario en la vida civil de la Sierra, la región más poblada del Ecuador en la primera mitad del siglo XX.⁹ Los primeros esfuerzos de profesionalización del ejército, con la formación del Colegio Militar y el acuerdo con la Misión Militar Chilena, fueron al mismo tiempo una operación *política* para asegurar el control liberal y la exclusión conservadora. A contrapelo de los que oponen profesionalización y politización, la modernización del ejército fue de la mano con el control liberal. La formación académica de la oficialidad aumentaba paulatinamente desde la prime-

8. Las armas que inicialmente sirvieron a la sublevación habían sido entregadas a los rebeldes por los contactos de la CON dentro de las filas de la policía. Véase "Centenares de miembros de la Compactación ingresaron a algunos de los cuarteles, armándose especialmente en la Policía", *El Debate. Diario de la mañana*, 28 de agosto de 1932.

9. No disponemos de muchos estudios sobre el ejército en la primera mitad del siglo XX. Para entender su formación como ejército liberal. Véase Enrique Ayala Mora, *Historia de la Revolución Liberal ecuatoriana* (Quito: Corporación Editora Nacional / Taller de Estudios Históricos, 1994), 268-278; Fernando Bustamante y Augusto Varas, *Fuerzas Armadas y política en Ecuador* (Quito: Latinoamericana, 1978); Daniel Granda Arciniega, "El Estado nacional y las Fuerzas Armadas en el Ecuador 1902-1922". En *Estado, política y democracia en el Ecuador* (Quito: El Conejo / ILDIS, 1988); y, Samuel Fitch, *The Military Coup d'état as a Political Process: Ecuador, 1948-1966* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1977). Las quejas conservadoras por su exclusión del ejército son constantes. Véase en especial Jacinto Jijón y Caamaño, *Política conservadora* (Quito: Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1979 [1929]), 273.

ra fundación de la Escuela Militar en 1892 y se intensificó con los gobiernos liberales.¹⁰ Se promovió entonces el ascenso de una oficialidad joven y serrana formada en el Colegio Militar fundado en Quito, pero dirigido por el hijo de Eloy Alfaro, Olmedo, el verdadero organizador del ejército liberal.

Originalmente, los reclutas no tenían formación general como bachilleres, por lo que la Escuela abrió una sección general para obtener la formación que cualquier civil obtendría en los colegios públicos y una sección militar para la formación especializada. Esto reducía el tiempo de dedicación para ambos. El resultado siempre fue un quebradero de cabeza que llevó a sucesivos y constantes cambios en el programa de estudios para hacerlo más largo o más corto. El problema de fondo era que se necesitaba un balance entre la necesidad de más tiempo para la formación especializada en los aspirantes a oficiales y la imposibilidad de tener suficientes reclutas si el grado de formación exigido era demasiado alto o el tiempo de estudios demasiado largo.¹¹ El estudio de Samuel Fitch confirma que la selección de oficiales en la Escuela Militar luego de la Revolución juliana llevó a un predominio de oficiales serranos sobre los costeños, con mejor preparación profesional que sus predecesores y donde predominaban hijos de profesionales y de propietarios agrarios de las provincias interandinas.¹²

Entre 1924 y 1960 hubo cuando menos tres intentos conocidos de desafío conservador al ejército liberal. Primero fue el fracasado levantamiento armado de El Ambi, provincia de Imbabura, liderado, financiado y armado por Jacinto Jijón y Caamaño en 1924, a raíz del fraude electoral que llevaría al gobierno a Gonzalo Córdova.¹³ Los siguientes intentos ya no buscaron crear

10. Una primera Escuela Militar, fundada en 1876, se reabrió en 1889 y funcionó irregularmente hasta 1892, en que se iniciaron cursos permanentes, cursaron 21 alumnos, 54 en 1893, 15 en 1894 y 35 en 1895. La fundación que hoy se considera "oficial" la hizo Eloy Alfaro en 1899. Hernán Andrade y Amílcar Tapia, *Documentos para la historia de la Escuela Militar, 1830-1930*. Biblioteca del Ejército Ecuatoriano, vol. 2 (Quito: Centro de Estudios Históricos del Ejército, 1991), xxv-xxx.

11. Así es como interpreto los constantes cambios en el programa y los tiempos de dedicación a la formación general desde 1901 a 1923. *Ibíd.*, 250, 276, 324-325, 355-356.

12. Fitch, *The Military Coup d'état...*, capítulo I.

13. Las menciones a este episodio poco conocido de la vida de Jijón y Caamaño pueden encontrarse en Segundo Ayala, *Un ilustre ecuatoriano: semblanza y bibliografía de don Jacinto Jijón y Caamaño* (Quito: Plenitud, 1948), 26; Jorge Orbe Villalba, *Jacinto Jijón y Caamaño* (monografía de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1968), 2-8; Jorge Salvador Lara, *Un gran ecuatoriano: Jacinto Jijón y Caamaño* (Quito: El Quiteño Libre, 1964), 9-10; y José María Vargas, *Jacinto Jijón y Caamaño: su vida y su museo de arqueología y arte ecuatorianos* (Quito: Santo Domingo, 1971), 41-43. Una conmemoración del hecho por un participante ofrece detalles de interés: el segundo a bordo de la asonada fue Manuel Sotomayor y Luna, la "División Restauradora" contó con mil reclutas, de los cuales 140 eran del Carchi y 80 de Imbabura. El combate duró seis horas y murieron 49 com-

un ejército alternativo sino que fueron esfuerzos de penetración del ejército existente. El segundo desafío fue protagonizado precisamente por la CON a inicios de los años 1930 y será el tema de este artículo. El tercero de los esfuerzos conservadores sería la constitución de ARNE, fundado a inicios de los años 1950 como milicia conservadora quiteña.¹⁴

En realidad, tanto ARNE como la CON fueron estructuras para-partidarias que compartían con el Partido Conservador una identidad católica y un ideario político, pero que no respondían a su disciplina organizativa. La corriente oficial del Partido Conservador, con Jacinto Jijón y Caamaño a la cabeza, se convenció tempranamente de que jamás le sería permitido el acceso directo al gobierno nacional mediante el voto popular y se resignó a buscar diversas fórmulas de transacción con los liberales. Agustín Cueva creía que esta convicción llegó después del sangriento ensayo de la Guerra de los Cuatro Días:

En fin, importa subrayar que el desenlace de la guerra “de los cuatro días” condujo al país a un callejón político sin salida. De una parte, los latifundistas tradicionales constataron, con esta aventura bélica, que si bien podían participar del poder en cierta medida, como retribución política de su fuerza económico-social en ciertas áreas del país, no podían, en cambio, captar para sí solos el control del Estado, mientras a ello se opusiesen la burguesía y la clase media.¹⁵

Aunque en mi opinión el Partido Liberal no representaba a la “burguesía” ni el ejército a la “clase media”, lo importante es que Cueva ofrece una interpretación justa: carentes de medios militares, los conservadores buscaron una transacción.

Sin embargo, tenemos evidencia de que los principales dirigentes conservadores la buscaron antes de la Guerra de los Cuatro Días. En efecto, con ocasión de las elecciones presidenciales de 1932 en las que el Partido Conservador presentó como candidato a Manuel Sotomayor y Luna, Jacinto Jijón y Caamaño preparó un manifiesto que dejaba clara la opción tomada sobre el ejército: “El Partido Conservador no podrá hacer respetar sus derechos

batientes conservadores. Véase “Quince años atrás”, *El Debate*, 12 de septiembre de 1939.

14. Bustamante y Varas, *Fuerzas Armadas y política...*, 56-57. Un entretenido relato de estos intentos y los grupos de milicias, con sus cercanías y distancias frente a la corriente oficial del Partido Conservador, puede verse en la entrevista a Jorge Salvador Lara, uno de los fundadores de ARNE, quien revela que existían conexiones entre la CON y el intento de guerrillas conservadoras lideradas por Jijón y Caamaño en El Ambi años antes. Pablo Cuvi, *Jorge Salvador Lara: con la fe por delante* (Quito: Instituto Metropolitano de Patrimonio del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2012), 33, 54, 139 y 194.

15. Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en el Ecuador* (Quito: Planeta, 1998 [1972]), 37.

sino usando de las vías legales, pues para servirse de la violencia carece de medios y está en la imposibilidad de obtenerlos".¹⁶

Durante los años 1930 los conservadores siempre mostraron su disposición a apoyar a candidatos considerados por ellos como "liberales moderados": Neptalí Bonifaz, Velasco Ibarra o incluso al primer Arroyo del Río. Para varios de ellos, la razón principal para un acuerdo era que había un peligro mucho mayor. Como dice Remigio Crespo Toral en 1932, cuando se polarizaba la situación política luego de la elección de Neptalí Bonifaz:

Entiendo que la situación política va complicándose por la incompreensión de los liberales, sobre todo de los que gobiernan el país, los que no se preocupan sino del peligro conservador, siendo así que el único hoy sobre la escena es el peligro comunista. El liberalismo ciego no advierte que nosotros estamos en el mismo frente de ellos ante la gran amenaza de la convulsión social. Al proceder así ¿les guía siquiera el instinto de conservación? Las masas católicas representan el núcleo de la resistencia, y que los dueños de la política prescindan de ellas, les lleva al desastre y en él a todo el país.¹⁷

El tiempo estaba maduro para una transacción. Pero no por ello el Partido Conservador dejó de justificar los intentos de romper la fórmula liberal de control del ejército: "Si en el terreno de la reivindicación armada, algunos de los nuestros han sido actores, ello se justifica por la inclemencia de la operación que excluía sistemáticamente a las mayorías de intervenir en la función política".¹⁸

EPISODIO

En lo que fue una de las más sangrientas guerras civiles del siglo XX ecuatoriano,¹⁹ casi todos los batallones del ejército, es decir dieciocho, es-

16. Usamos la versión manuscrita, en letra de Jijón, disponible en Archivo Histórico del Ministerio de Cultura, Sección Manuscritos, Colección Jacinto Jijón y Caamaño, carpeta JJC01980, f. 4v.

17. Carta de Remigio Crespo Toral a Jacinto Jijón y Caamaño, fechada el 11 de marzo de 1932. *Ibíd.*, carpeta JJC01916, f. 29.

18. Jacinto Jijón, director, y otros, "Manifiesto del Partido Conservador ecuatoriano". *El Debate. Diario de la mañana*, 24 de junio de 1934.

19. El balance de muertos de estas jornadas es muy controvertido. Gómez cita testimonios que hablan de entre 800 y 2.000 muertos. Gómez, "Hegemonía, capitalismo y democracia..."; De la Torre revela que, según los informes consulares británicos, fueron 800 muertos. Carlos de la Torre, *La seducción velasquista* (Quito: Libri Mundi / Enrique Grosse-Luemern / FLACSO Ecuador, 1997). Véase también Mr. Bentinck a Sir John Simon, Quito, 2 de septiembre, 1932. British Foreign Office, General Correspondence Political, FO

tuvieron del lado de los liberales que recuperaron por las armas la ciudad. Los defensores de Quito y de la elección de Neptalí Bonifaz, por el contrario, fueron los clases y soldados (no los oficiales) de tres batallones, una parte importante de la policía y sobre todo civiles de los sectores populares, urbanos y rurales, comandados por dirigentes conservadores y por la CON.

El relato corto del desencadenamiento de la Guerra de los Cuatro Días es que en 1931, en las primeras elecciones sin fraude del siglo XX ganó un hacendado serrano del área de Cayambe, al norte de Quito, que se proclamaba liberal pero que tenía el apoyo de un importante contingente de dirigentes conservadores y de las milicias de la CON. Neptalí Bonifaz había sido el primer presidente del Banco Central del Ecuador en 1926 pero mostró siempre un talante autoritario y aristocrático.

Entre el momento de su elección, en octubre de 1931, y el de su asunción, prevista para el primero de septiembre de 1932, hubo varios alzamientos militares, uno de ellos en Tulcán, en la frontera con Colombia, que costó alrededor de 40 muertos.²⁰ A mediados de 1932 se descubrió que Bonifaz había firmado varios documentos anteriores a 1914 afirmando que era ciudadano peruano (su madre lo era) y estalló entonces un escándalo mayúsculo donde se cuestionó su patriotismo y su nacionalidad. Bonifaz se defendió diciendo que lo había hecho para proteger sus propiedades amenazadas por el alfarrismo. La excusa empeoró las cosas. Sus defensores arguyeron que una cosa es lo que cualquiera puede afirmar de su propia nacionalidad en cualquier papel sin título legal y otra muy diferente es la realidad jurídica de la nacionalidad, que en el caso de Bonifaz jamás dejó de ser ecuatoriana. El 20 de agosto, el Congreso, que debía calificar al presidente electo, donde había una mayoría de representantes que apoyó su candidatura, votó ajustadamente por la descalificación del candidato, 46 votos a 38.²¹ Esto obligaba a convocar a nuevas elecciones. Se produjo entonces la sublevación en Quito de tres batallones del ejército y durante cuatro días las tropas de uno y otro bando se mataron entre sí al grito unánime de "Viva la Constitución".

371/15837 [A 6708/55/54]. Ortiz Bilbao habla de, tal vez, 1.000 o 1.500. Luis Alfonso Ortiz Bilbao, *La historia que he vivido. De la Guerra de los Cuatro Días a la dictadura de Páez* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1989), 48. Mientras la cifra de López, de alrededor de 184 militares y 552 civiles, parece el balance mínimo. López, *Ecos de revuelta...*

20. Gómez, "Hegemonía, capitalismo y democracia...", tomado de *El Día*, martes 2 de febrero de 1932: 1, 7-8. Según *El Debate* del 2 de febrero de 1932, habrían sido más de 50 muertos y 80 heridos. En una carta del Partido Conservador (PCE) a *El Debate* del 4 de febrero de 1932, fueron 37 muertos, 40 prisioneros y 20 heridos.

21. Troncoso presenta la lista nominal de los votantes a favor de cada tesis. Julio Troncoso, *Odio y sangre. La descalificación del Sr. Neptalí Bonifaz y la Batalla de los Cuatro Días en Quito. Hombres y hechos de la época. Esbozo histórico-biográfico de los presidentes del Ecuador de 1830 a 1958* (Quito: Fray Jodoco Rique, 1958), 154-155.

El cálculo de uno de los participantes es que entre las tropas defensoras de Bonifaz el último día de enfrentamiento había a lo más 200 soldados y clases en los regimientos Constitución, Manabí y la Policía; solamente 90 en el Regimiento Bolívar y unos 300 miembros de “sociedades obreras”, es decir, de la CON.²² Por primera vez los conservadores, por la vía de la CON, habían conseguido romper la disciplina militar, especialmente de los clases y de unos pocos oficiales en tres batallones del ejército y la Policía de Quito y amenazaban el monopolio liberal sobre las armas.

“INFILTRACIONES”

En su recuento de los hechos, basado en los partes militares del vencedor, el coronel Ángel Isaac Chiriboga, comandante de las tropas que tomaron la ciudad defendida por los batallones sublevados, cuenta que:

La actividad política de la llamada Compactación Obrera, la de la Unión Obrera Republicana, volvieron objeto primordial de sus labores el ganar en los cuarteles adeptos a la causa bonifacista, actitud que obligó, en varias ocasiones, a separar de las Unidades a algunos clases politiqueros y a prohibir que soldados se afiliaran, por motivo alguno, a esas asociaciones o a cualquiera otra de la misma índole. El señor Bonifaz y los directores de la Compactación fueron a tiempo advertidos de los grandes peligros de la dañosa acción de los cuarteles.²³

A los mismos compactados parece referirse Chiriboga cuando dice:

Piénsese un momento en las pesadumbres nacionales; medítese en los grandes males que las defecciones militares causaron en épocas de triste recordación y, en el acto, un gran grito de protesta saldrá de nuestros labios contra la política que, en sus malévolos designios, llegó a penetrar en nuestros cuarteles, de los cuales parece que, por felicidad, salieron sus gérmenes engendradores de disolución, ya para no volver.²⁴

Lo mismo reconoció el Ministro de Gobierno en su informe al año siguiente:

22. Jimmy, “Fragmentos de un capítulo de historia”, *El Debate. Diario de la mañana*, 11 de septiembre de 1933.

23. Ángel Isaac Chiriboga, “La batalla de Quito”. *Ejército Nacional. Revista de estudios histórico-militares*, n.º 66, año XI (1932). Citado por Troncoso, *Odio y sangre...*, 171.

24. Edison Macías, *Historia general del ejército ecuatoriano. El ejército ecuatoriano en la revolución alfarista, su desarrollo y posterior decadencia*, t. IV (Quito: Centro de Estudios Históricos del Ejército, 2007), 189. Seguramente se basa en Chiriboga para suponer que la presencia de compactados en los cuarteles solo ocurrió desde agosto de 1932. Ángel Isaac Chiriboga, *Fuerzas morales en el ejército* (Quito: Imprenta Nacional, 1932).

Destacóse aquella agrupación parcial del histórico Partido Conservador [está hablando de la CON], que visiblemente ha decidido recuperar el Poder perdido en 1895, a diferencia del gran cuerpo de ese Partido que daba a entender haberse resignado a aceptar la hegemonía política del Partido Liberal-Radical. No ostenta, dicha agrupación, el propósito de concurrir a una evolución política más o menos tolerable, lo que merecería atento estudio, sino el de ir precisamente al Poder, en su calidad de porción diligente del conservadorismo tradicional, empleando para ello el método de evolución y, si este no diere resultado, el de la revolución. El ejército llegó a sentir en sus filas el influjo de estas fuerzas perturbadoras del orden público, y la acción de armas ocurrida en Riobamba, a mediados de mayo [de 1933], dió a conocer que no todos los militares rendían igual culto a los dictados del honor y del pundonor.²⁵

También los conservadores sabían de este trabajo de la CON en el ejército. Apenas iniciada la agitación en Quito el 27 de agosto, su periódico informó: “Según acentuados comentarios y versiones, el actual movimiento se debe a los trabajos de la Compactación y del pueblo en el ejército y a la solidarización de la tropa con el bonifacismo, procediendo esta con independencia de la oficialidad en especial de la superior”.²⁶

Los observadores conservadores insisten en que la mayor influencia de la CON se hacía sentir en los clases y soldados, no en los oficiales: “Lo que sí queda en evidencia de los últimos sucesos es el divorcio establecido en casos concretos entre la tropa y la generalidad de jefes y oficiales”.²⁷

REVELACIONES

Detengámonos un instante en cómo y por qué ocurrió esta “infiltración” compactada en los cuarteles usando para ello una fuente hasta ahora no utilizada por los investigadores: el juicio militar a los participantes.²⁸ En primer lugar, los testimonios en el juicio confirman que se trató de una revuelta protagonizada fundamentalmente por clases y soldados en contra de los oficiales. Un ejemplo de ello es el testimonio del teniente coronel César Plaza,

25. M. R. Balarezo, ministro de Gobierno y Previsión Social, *Informe a la Nación 1932-1933* (Quito: Talleres Gráficos Nacionales, 1933), 14.

26. *El Debate. Diario de la mañana*, 27 de agosto de 1932.

27. *Ibid.*, 29 de agosto de 1932.

28. El documento está dividido en tres cuerpos: Juzgado de la I Zona Militar [Cuerpos I, II y III]. Proceso contra los autores del Movimiento subversivo del 27 de agosto de 1932. Iniciado el 4 de septiembre de 1932, Juez César E. Dueñas, n.º 114, Quito. Archivo Histórico Jurídico del Centro de Estudios Históricos del Ejército (CEHE), sede Escuela Militar, fondo Juicios Militares.

excomandante del batallón Constitución. El intendente de policía coronel Borja le dijo que un sargento del batallón, Salazar (“Bizco”), había estado en reuniones con los compactados. Dio de baja inmediatamente al sargento y creyó que la situación estaba solucionada. Dice que todos los oficiales estaban contra el movimiento y que buscaban evitar que se unieran al pueblo que estaba amontonado en la plaza.²⁹ El coronel Plaza huyó hacia el sur y participó en las batallas de Quito contra los insurrectos. Por su parte, el mayor César Cueva, del batallón Constitución, le da un tono más dramático: “Estaba yo desconcertado ya que [las tropas y clases] no tenían obediencia para nadie”.³⁰

No solo perdieron la obediencia; era más que eso. Había un temor más hondo. El testimonio del Alférez Eduardo Solórzano sobre las tropas sublevadas del Regimiento Bolívar afirma algo que fue repetido también por varios oficiales: “pero sí era general decir en toda la tropa el que había asumido dicha actitud porque tenían resentimiento con los oficiales que habían querido matarlos en sus propias camas”.³¹

El testimonio del teniente coronel José M. Troya, del batallón Constitución, agrega un indicio más sobre el contenido político de la distinción entre oficiales y clases. Afirma que el domingo 28 de agosto a la madrugada fue a buscarlo a su casa un obrero que no conocía y el señor Carlos Alarcón Mena, dirigente de la CON, a decirle que debía presentarse a la Policía porque lo llamaba el Ministro de Guerra, doctor del Hierro, que era un gobierno constituido y que debía obedecer. Troya se negó a asistir porque consideraba que se trataba de una rebelión en la que él permanecía neutral.³² Ese domingo 28 a la tarde fue al batallón Constitución y vio a la tropa alarmada y mucho pueblo a la entrada del cuartel. Los oficiales no permitían la entrada de civiles “ya que el pueblo quería aprovechar la primera oportunidad para armarse y que esto no era en ningún concepto aceptable, ya que temía que el godismo se aprovechara de esta circunstancia y entonces desdeciríamos [sic] de ser liberales”.³³

Los oficiales eran liberales mientras que el pueblo podía ser “manipulado” por los conservadores (godos). Pero no es suficiente. Había algo más. El

29. *Ibíd.*, primer cuerpo, ff. 11v y 13v.

30. *Ibíd.*, f. 20.

31. Juzgado de la I Zona Militar (II cuerpo). Proceso contra los autores del Movimiento subversivo del 27 de agosto de 1932. Iniciado el 4 de septiembre de 1932, Juez César E. Dueñas, n.º 114. Quito, Fondo Juicios Militares, Archivo Histórico Jurídico del Centro de Estudios Históricos del Ejército (CEHE), sede Escuela Militar, (II cuerpo), f. 169v.

32. *Ibíd.*, ff. 140-140v; en el juicio, Carlos Alarcón Mena confirma el testimonio de Troya, ff. 199-199v.

33. *Ibíd.*, f. 140v.

testimonio del capitán Jesús Heredia, de la columna Eloy Alfaro, de tránsito en la ciudad en esos días, nos introduce ya no en la lógica política (liberal-conservadora) sino en una razón social y de clase debajo del conflicto entre oficiales y tropa. Heredia y el Mayor Urrestas se encontraron con personal del batallón Manabí y 30 celadores, más o menos, en el Itchimbía.

El Mayor Urresta ordenó que se formara la tropa allí presente, en este momento se presentó el Cabo Marcillo con unos papeles en la mano y dijo 'que no debían dejarse creer de los oficiales, que todos trataban de engañarlos, que él venía del telégrafo y conocía todo lo que pasaba, gritó hasta tres veces viva la constitución, agregando al último abajo los sables, no queremos oficiales ni patrones quien nos manden'.³⁴

Sables, oficiales y patrones son uno solo. El conflicto social subyacente, por debajo de la distinción política partidaria, no puede ser más claro. El detalle contradictorio es que el plebeyo Cabo Marcillo arriesgaba su vida del lado de la CON a favor de colocar al aristocrático hacendado Neptalí Bonifaz en Carondelet. Al margen de la paradoja, el testimonio es excepcional y nos acerca a las razones de la influencia compactada entre los clases y la tropa de Quito.

COMPACTADOS

Con la información disponible en el juicio abierto por motivo de la sublevación de 1932 fue posible hacer una pequeña estadística de todos los clases que declararon (cuadro 1). De un total de treinta y un clases y soldados que testificaron en el juicio, veintiún declararon profesión: cuatro son zapateros, tres sastres, tres carpinteros, tres mecánicos, dos empleados, un agricultor, un sombrerero, un músico, un platero, un peluquero y un enfermero.

34. Juzgado de la I Zona Militar. Proceso contra los autores del Movimiento subversivo del 27 de agosto de 1932, iniciado el 16 de septiembre de 1932, Juez César E. Dueñas, n.º 114, Quito. Archivo Histórico Jurídico del Centro de Estudios Históricos del Ejército, sede Escuela Militar, fondo Juicios Militares, tercer cuerpo, f. 181. Más tarde el Cabo Marcillo declaró: "Respecto a los señores Oficiales digo con la verdad del caso que más se mostraron contrarios a nuestra causa que a favor [...]. Solo declaro que es verdad que fui uno de los principales gestores del movimiento, del que horas más tarde me arrepentí no solo por mi conciencia, sino porque mucha gente me ha hecho ver la tontería en que me había metido", ff. 89 y 89v.

Cuadro 1. Clases que registran profesión entre los testigos en el juicio militar por la Guerra de los Cuatro Días			
Nombre	Rango	Profesión	Folio
Francisco Rueda	Cabo 1.º	Sin oficio	Cuerpo I, f. 24 (aparece como sin oficio en el juicio a Casares f. 13)
Virgilio Pozo	Sargento 2.º	nd	Cuerpo I, f. 27v
Carlos Coloma	Sargento 2.º	nd	Cuerpo I, f. 28v
Reimundo Vásquez	Sargento 1.º	nd	Cuerpo I, f. 30
Manuel Tamayo	Cabo 1.º	Zapatero	Cuerpo I, f. 30v (la profesión aparece en el f. 12 del juicio a Casares)
Juan Yépez (San Gabriel)	Sargento 2.º	nd	Cuerpo I, f. 45v
Plutarco Andrade (Ibarra)	Cabo 1.º	nd	Cuerpo I, f. 46v
Agustín Quelal (Tulcán)	Cabo 1.º	nd	Cuerpo I, f. 47
Martín Bahamonde	Sargento 1.º	nd	Cuerpo I, f. 56
Segundo Sillo (Toacazo)	Cabo 1.º	Músico	Cuerpo I, f. 84v
Pablo Pérez (Tumbaco)	Sargento 2.º	Enfermero	Cuerpo I, f. 86
Juan Cando (Toacazo)	Cabo 1.º	Sastre	Cuerpo I, f. 87
Enrique Marcillo	Cabo 2.º	Zapatero	Cuerpo I, f. 88
José Molina	Cabo	Platero	Cuerpo I, f. 89v
Arsecio Salinas	Soldado	Peluquero	Cuerpo I, f. 90v
Juan Morocho	Cabo 1.º	Carpintero	Cuerpo II, f. 92
Ricardo Morales (San Gabriel)	Sargento 2.º	Zapatero	Cuerpo II, f. 94
Luis Reyes (Tulcán)	Soldado	Sastre	Cuerpo II, f. 95
Enrique Vallejo	Soldado	Empleado	Cuerpo II, f. 97
Manuel Jurado	Sargento 2.º	Sombrero	Cuerpo II, f. 98 (y f. 11 del juicio contra Casares)
Jorge Chávez	Sargento 2.º	Zapatero	Cuerpo II, f. 104
Eliécer Jiménez	Sargento 1.º	Carpintero	Cuerpo II, f. 113
Diógenes Rueda (Tulcán)	Sargento 2.º	Empleado	Cuerpo II, f. 118
Bolívar De (ilegible) (Milagro)	Sargento 2.º	Mecánico	Cuerpo II, f. 118v

Jesús Villarreal	Sargento 2.º	Agricultor	Cuerpo II, f. 122
Julio César Ibarra	Soldado	Sastre	Cuerpo II, f. 122v
Manuel Salvador	Soldado	Carpintero	Cuerpo II, f. 122v
Alberto Vinuesa	Sargento 2.º	Mecánico	Cuerpo II, f. 129v
Luis Freile	Sargento 2.º	Mecánico	Cuerpo II, f. 133
Carlos Vásquez (tres hermanos clases)	Sargento 2.º	nd	Cuerpo III, f. 200
Nicolás Sotelo (Tulcán)	Soldado	nd	Cuerpo III, f. 210
<p>Fuente: Juzgado de la I Zona Militar (I, II y III cuerpos). Proceso contra los autores del movimiento subversivo del 27 de agosto de 1932. Iniciado el 4 de septiembre de 1932, juez César E. Dueñas, n.º 114, Quito. Archivo Histórico Jurídico del Centro de Estudios Históricos del Ejército (CEHE), sede Escuela Militar, fondo Juicios Militares; y Juzgado de la I Zona Militar. Juez mayor César Dueñas. Proceso por Conspiración y Rebelión. Sumario seguido contra el teniente coronel Pástor Casares, capitán Carlos H. Calderón, tenientes Juan J. Mariscal y Luis A. Rueda. Iniciado el 21 de septiembre de 1932. Terminado el 20 de octubre de 1941.</p>			

Si los oficiales eran ante todo medianos propietarios de provincias serranas o hijos de padres con profesiones liberales,³⁵ los clases y soldados eran ante todo artesanos, obreros y empleados rasos. Es posible plantear la tesis de que en aquellos días *la influencia conservadora en el ejército era un subproducto de la influencia católica en el mundo artesanal y obrero de Quito y de la Sierra centro-norte* (varios testigos provienen de otras provincias de la Sierra). Los artesanos y obreros que acudieron al llamado a favor de la rebelión armada asociaron la relación entre oficiales y tropa a la relación entre ricos y pobres, o entre patronos y artesanos. El discurso de confrontación de la CON violaba el código de la conciliación de clases que pregonaba el conservadurismo oficial, con toda su retórica eclesial. Pero esa misma retórica de confrontación social era lo que podía conectar con las clases populares urbanas, golpeadas por la crisis económica e inclinadas a atribuir su pobreza a la codicia de los patronos.³⁶

35. Fitch, *The Military Coup d'état...*, 17 y 26-27.

36. Sobre el contexto de crisis económica y agravios sociales que subyacen a la influencia de la CON véase Guillermo Bustos, "La identidad 'clase obrera' a revisión: una lectura de las representaciones del Congreso Obrero de Ambato de 1938". *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, n.º 2 (I semestre 1991), 73-104; y, Fernando López, "La participación de los artesanos quiteños en la política ecuatoriana entre 1929 y 1933" (tesis de maestría. Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2014).

OFICIALES

Aunque la ruptura entre clases y oficiales no deja lugar a dudas, con su doble fundamento, político y social; es necesario matizarlo. El trabajo de agitación y propaganda dentro de los regimientos necesitaba, cuando menos, algún tipo de tolerancia por parte de algunos de los oficiales. Esto es lo que más interesaba en el juicio entablado contra los instigadores de la rebelión: encontrar a los oficiales comprometidos con la revuelta para depurar el ejército.³⁷ No fue tan fácil porque, como dijimos, los testimonios suelen coincidir en la lealtad liberal de casi todos los oficiales. Hay, sin embargo, un par de testimonios que muestran que había oficiales que buscaron una represión más decidida de la propaganda compactada mientras unos pocos la toleraron, por decir lo menos.

Según el mayor Francisco Urrutia, días antes de la calificación de Bonifaz, el teniente coronel Pastor Casares, primer comandante del Regimiento de Artillería Bolívar, citó a su despacho a los jefes y capitanes y contó que el senador funcional por el ejército, coronel Carlos Guerrero les había informado que votaría por la descalificación de Bonifaz. Casares pidió el parecer de los jefes y oficiales sobre la conducta que debía tomar el Regimiento Bolívar. Urrutia dice que unánimemente los oficiales dijeron que debían acatar lo que sea que resolviera el Congreso. Se realizó una reunión adicional con oficiales subalternos. En esa reunión, donde asistieron todos los oficiales se llegó a la conclusión de que había que respetar la resolución del Congreso.

En dicha reunión varios Oficiales solicitaron al Comandante Casares impidiera la labor de propaganda abiertamente bonifacista que se hacía en el Cuartel; pues el Sargento Zabala, brigada, tenía el encargo de recoger y distribuir entre las Baterías en gran número de ejemplares de "El Diario de la Tarde", a lo que el Comandante manifestó que así lo haría. Pero después de la descalificación del señor Bonifaz continuábase repartiendo ejemplares de dicho diario, así como también varias hojas sueltas tendenciosas [...] hasta se castigó a un Oficial de Servicio que impidió la entrada de hojas sueltas.³⁸

Otro oficial del Regimiento Bolívar, Cornelio Izquierdo, confirma que Casares permitía al Sargento Zavala la introducción al regimiento del *Diario de la Tarde*.

37. El juicio no concluyó y las investigaciones terminaron porque el 8 de noviembre de 1932 se decretó una amnistía para todos los involucrados. Por esta razón no hubo oficiales sancionados.

38. Juzgado de la I Zona Militar. Proceso contra los autores del Movimiento subversivo del 27 de agosto de 1932. Iniciado el 16 de septiembre de 1932..., tercer cuerpo, f. 213v.

No recuerdo también en cual de las tantas reuniones que hubieron, el señor Mayor Espinosa pidió, en presencia de toda la Oficialidad reunida, que el señor Primer Jefe debía prohibir la entrada al cuartel de “El Diario de la Tarde”, a lo que el señor Comandante se negó diciendo que era orden de la Superioridad y que él no podía hacerlo.³⁹

El testimonio del capitán Samuel Reyes confirma un cierto grado de convivencia de algunos oficiales no solo en el Regimiento Bolívar sino también en el batallón Constitución. El papel más activo, no obstante, siempre recae entre los clases y los soldados, no entre los oficiales:

En una de las reuniones de Oficiales habidas en el batallón [Constitución] se denunció que existía en la Unidad Clases y Soldados que pertenecían a la Compactación Obrera, llegándose a citar los nombres de dos o tres de ellos que habían sido vistos en el desfile promovido por dicha Compactación a favor del señor Bonifaz [...]. Este personal siguió prestando sus servicios en el regimiento a pesar de las insinuaciones de algunos Oficiales para que se despidiera al personal sobre el cual existiera algunas sospechas.⁴⁰

Estos testimonios dejan entrever una confabulación al más alto nivel. No disponemos de evidencias adicionales al respecto, pero el apoyo en altas esferas políticas era necesario para favorecer la infiltración del ejército y sin duda hacía más grave el “peligro conservador” ante los ojos de la oficialidad liberal.

Clotario Paz, primero dirigente liberal y luego seguidor de Luis Larrea Alba, atribuye parte de la infiltración compactada en el ejército a la connivencia del Ministro de Guerra del gobierno interino de Alfredo Baquerizo Moreno, don Leonardo Sotomayor Luna.⁴¹ Sotomayor ya había sido ministro de Guerra de Gonzalo Córdova, el presidente depuesto por la revolución juliana. Su hermano, Manuel Sotomayor Luna, era un distinguido dirigente del Partido Conservador, candidato presidencial del partido en 1932 y futuro ministro de Relaciones Exteriores de Velasco Ibarra. Inicialmente, Leonardo apoyó la candidatura oficial del liberalismo en 1931, la de Modesto Larrea Jijón, pero cuando Neptalí Bonifaz afirmó su credo liberal, decidió cambiarse de bando. La actitud complaciente ante la militancia compactada en calles y cuarteles de Quito, estaba, al menos para algunos de los observadores, encaramada en las más altas cumbres del gobierno y del propio ejército.

39. *Ibíd.*, f. 217v.

40. *Ibíd.*, ff. 204-204v.

41. Clotario Paz, *Larrea Alba. Nuestras izquierdas* (Guayaquil: Imprenta Tribuna Libre, 1938), 61-65.

MONOPOLIO LIBERAL

Uno de los testimonios más importantes del juicio, desde el punto de vista que más nos interesa, es decir, desde el esfuerzo conservador por romper el monopolio liberal sobre el ejército, es el del cabo Francisco Rueda, del Regimiento Bolívar. Rueda afirma que el principal gestor de los ajetreos era el cabo primero Manuel Sosa. Revela en su testimonio que luego de una cita de los clases complotados con el compactado N. Bermúdez (propietario de una panadería), se dirigieron a la casa del señor Alarcón Mena. Alarcón les aseguró que todas las guarniciones de Quito estaban de acuerdo con el golpe a favor de Bonifaz y que solo desconfiaban del Regimiento Bolívar. Esperaban también contar con el batallón de Ingenieros Chimborazo, acantonado en Ambato porque su comandante Andrade era muy amigo de Alarcón. Si fallaba la unidad, habría muchos civiles compactados para apoyar el movimiento de la tropa.

Nos habló también de que tenían la idea de suprimir la Escuela Militar con el fin de facilitar el ascenso del personal de tropa a la categoría de Oficiales. En este instante *tomó la palabra el Cabo Sosa manifestando que sería uno de los puntos más convenientes el que suprime la Escuela Militar*, por cuanto los individuos de tropa no tenían ninguna aspiración, contestando el señor Alarcón que las ideas que tenía el señor Bonifaz era la protección a la raza indígena, se proponía repartir muchos terrenos entre estos individuos, también agregó que el proyecto que tenía el señor Bonifaz era de dar los grados militares a los clases más o menos en esta forma: a los Sargentos primeros el de Capitán y así sucesivamente en las escalas inferiores; en ese momento todos a una voz le contestamos de que esa no era nuestra aspiración sino el ver el bienestar de la patria.⁴²

Los clases protestan y dicen que no tienen interés personal o particular en el asunto. Se rebelan por la justicia de la causa y la defensa de la Constitución. Pero incluso si ellos en verdad reaccionaron como testifican en el juicio, es posible que otros complotados, con quienes los compactados conversaron no fueran tan altruistas. Un mecanismo más expeditivo para que los clases pudieran convertirse en oficiales y, sobre todo, *hablaban de la supresión de la Escuela Militar, el principal instrumento del control liberal sobre el ejército. Nada más y nada menos. ¿Puede haber dudas de la importancia capital que tuvo esta guerra civil y del temor que agitaba a los militares liberales cada vez que crecía la certeza de que los conservadores se apoderarían del gobierno?*

42. Juzgado de la I Zona Militar. Proceso contra los autores del Movimiento subversivo del 27 de agosto de 1932. Iniciado el 4 de septiembre de 1932..., primer cuerpo, ff. 24v al 27v. La cursiva es mía.

Terminada la mortífera batalla de Quito, los decretos de reestructuración, de traslados y modificaciones en la estructura de los batallones buscaron asegurar que no se repitiera la experiencia. Algo que no se había hecho con los partidarios de Larrea Alba en meses anteriores.⁴³ El Regimiento Bolívar fue disuelto el 9 de septiembre y los miembros restantes de los batallones Constitución y Manabí fueron fusionados en el batallón España, y destinados a Esmeraldas. De los líderes, fueron apresados 62 soldados de la Bolívar, 42 del Constitución y 42 del Manabí.⁴⁴ Meses después, el Congreso (con Velasco Ibarra a la cabeza) dictaría una amnistía general.

CONCLUSIONES

La Guerra de los Cuatro Días fue un enfrentamiento encarnizado que dejó cientos de muertos en las calles de una ciudad donde vivían apenas 30 mil personas. La descarnada violencia del acontecimiento y la rigidez en las sanciones revelan que era demasiado lo que estaba en juego: nada más y nada menos que el manejo del ejército, el principal instrumento que evitaba que todas las bazas del poder nacional estuvieran en el bando conservador.

La Compactación Obrera Nacional, milicia de artesanos católicos, animada por el discurso de confrontación, propio de una época de incertidumbre económica y agravios sociales, logró extender su influencia entre los artesanos que formaban parte, como cabos y sargentos, de varios batallones del ejército acantonados en Quito. Esos artesanos y empleados, que venían de varias provincias de la Sierra norte, animaron exitosamente una rebelión dentro de tres batallones del ejército y se sublevaron tanto a favor del hacendado Neptalí Bonifaz como contra los oficiales liberales. En efecto, los clases y soldados se distanciaron de los oficiales liberales que los comandaban no solo por la ideología política “de masones” que enarbolaban sino por un origen social que los contraponía en tiempos de crisis y temor: “No queremos oficiales ni patronos quien nos manden”.

43. Fue el razonamiento de Velasco Ibarra para oponerse a las sanciones a los bonifacistas en el Congreso. Véase Robert Norris, *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*, vol. I (Quito: Libri Mundi / Enrique Grosse-Luemern, 2004 [1993]), 142.

44. “La denominada batalla de los cuatro días además de mermar el potencial del Ejército y resquebrajar seriamente la unidad institucional, motivó la ejecución de pases masivos de oficiales y personal de tropa; traslados de unidades del Ejército de una provincia a otra; supresión de repartos militares y creación de otros”. Macías, *Historia general del ejército...*, 207. Véase también Troncoso, *Odio y sangre...*, 217-218; López, *Ecos de revuelta...*; y el propio Macías en las páginas 207-211.

Las investigaciones llevadas a cabo durante el juicio militar a los sublevados revelan no solo la posible existencia de apoyos velados o de tolerancia cómplice entre varios oficiales de alto rango, sino que el plan conservador en caso de llegar al gobierno incluía el proyecto deliberado de eliminar el monopolio liberal sobre la institución liberal por excelencia, el ejército. Ante semejante amenaza, es más comprensible la polarización en la contienda y el rigor en las sanciones. El peligro conservador no provenía tanto de un proyecto económico alternativo o rival, sino de la posibilidad de una herida de muerte al liberalismo. Huérfano de poder económico por el colapso cacaoero, al Partido Liberal solo le quedaba el ejército como fuente de poder político. La Guerra de los Cuatro Días dejó establecidos los términos del inestable balance del poder que perduraría durante toda la década de 1930: un ejército liberal que funcionaba como el principal contrapeso a la mayoría conservadora.



FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS PUBLICADAS

- Balarezo, M. R. Ministro de Gobierno y Previsión Social. *Informe a la Nación 1932-1933*. Quito: Talleres Gráficos Nacionales, 1933.
- Chiriboga, Ángel Isaac. *Fuerzas morales en el ejército*. Quito: Imprenta Nacional, 1932.
- . "La batalla de Quito". *Ejército Nacional. Revista de estudios histórico-militares*, n.º 66, año XI (1932).
- Paz, Clotario. *Larrea Alba. Nuestras izquierdas*. Guayaquil: Imprenta Tribuna Libre, 1938.
- Rueda E., Luis. *Heroísmo y Constitución: episodios históricos de la Batalla de los cuatro días*. Quito: Imprenta Fernández, 1939.

FUENTES SECUNDARIAS

- Andrade, Hernán y Amílcar Tapia. *Documentos para la historia de la Escuela Militar, 1830-1930*. Quito: Centro de Estudios Históricos del Ejército. Biblioteca del Ejército Ecuatoriano. Vol. 2, 1991.
- Ayala Mora, Enrique. *Historia de la Revolución Liberal ecuatoriana*. Quito: Corporación Editora Nacional / Taller de Estudios Históricos. Colección Temas. Vol. 5, 1994.

- Ayala, Segundo. *Un ilustre ecuatoriano: semblanza y bibliografía de don Jacinto Jijón y Caamaño*. Quito: Plenitud, 1948.
- Bustamante, Fernando y Augusto Varas. *Fuerzas Armadas y política en Ecuador*. Quito: Latinoamericana, 1978.
- Bustos Lozano, Guillermo. "La identidad 'clase obrera' a revisión: una lectura de las representaciones del Congreso Obrero de Ambato de 1938", 73-104. *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, n.º 2 (I semestre 1991): 73-104.
- Cueva, Agustín. *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Planeta, 1998 [1972].
- Cuvi, Pablo. *Jorge Salvador Lara: con la fe por delante*. Quito: Instituto Metropolitano de Patrimonio del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2012.
- De la Torre Espinosa, Carlos. *La seducción velasquista*. Quito: Libri Mundi / Enrique Grosse-Luemern / FLACSO Ecuador, 1997.
- Fitch, J. Samuel. *The Military Coup d'état as a Political Process: Ecuador, 1948-1966*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1977.
- Gómez, David. "Hegemonía, capitalismo y democracia en el Ecuador: La Guerra de los Cuatro Días". Tesis de licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Quito, 2009.
- Granda Arciniega, Daniel. "El Estado nacional y las Fuerzas Armadas en el Ecuador 1902-1922". En *Estado, política y democracia en el Ecuador*. Quito: El Conejo / ILDIS, 1988.
- Icaza, Jorge. *En las calles. La gran literatura ecuatoriana de los 30*. Quito: El Conejo, 1985 [1935].
- Jijón y Caamaño, Jacinto. *Política conservadora*. Quito: Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional. Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano 7, 1979 [1929].
- López Baquero, Patricio. *Ecós de revuelta. Cambio social y violencia política en Quito (1931-1932)*. Quito: FLACSO Ecuador / Abya-Yala, 2011.
- López, Fernando. "La participación de los artesanos quiteños en la política ecuatoriana entre 1929 y 1933". Tesis de maestría. Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Quito, 2014.
- Macías Núñez, Edison. *Historia general del ejército ecuatoriano. El ejército ecuatoriano en la revolución alfarista, su desarrollo y posterior decadencia*. T. IV. Quito: Centro de Estudios Históricos del Ejército, 2007.
- Norris, Robert. *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*. 2 vols. Quito: Libri Mundi / Enrique Grosse-Luemern, 2004 [1993].
- Orbe Villalba, Jorge. *Jacinto Jijón y Caamaño*. Monografía de licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Quito, 1968.
- Ortiz Bilbao, Luis Alfonso. *La historia que he vivido. De la Guerra de los Cuatro Días a la dictadura de Páez*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1989.
- Salvador Lara, Jorge. *Un gran ecuatoriano: Jacinto Jijón y Caamaño*. Quito: El Quiteño Libre, 1964.
- Troncoso, Julio. *Odio y sangre. La descalificación del Sr. Neptalí Bonifaz y la Batalla de los Cuatro Días en Quito. Hombres y hechos de la época. Esbozo histórico-biográfico de los presidentes del Ecuador de 1830 a 1958*. Quito: Fray Jodoco Ricke, 1958.
- Vargas, José María. *Jacinto Jijón y Caamaño: su vida y su museo de arqueología y arte ecuatorianos*. Quito: Santo Domingo, 1971.